



## RELACION

AL CONFLICTO QUE EXPERIMENTA LA M. N. Y LEAL

CIUDAD DE CADIZ.

¿Quién eres, hermosa Dama,  
Que con llantos y gemidos,  
Espanciendo al ayre quejas,  
Penetras con tus suspiros  
A la celestial esfera?  
¿Quién eres, bello prodigio,  
Que tus luces ofuscadas,  
Y ya perdidos tus brillos,  
Eres el funesto blanco  
Donde terminan los tiros  
De un impulso superior,

Y de tu castigo aviso?  
¿Quién eres, Ciudad brillante,  
Que sometida al dominio  
Del Español Pabellon,  
En el último exterminio  
Llego á mirar tu belleza,  
Siendo catástrofe fixo  
El mas triste y lamentable  
Y obgeto el mas dolorido,  
Que la humana comprehension  
De quanto viviente admiro

Registra con sentimiento,  
Pena, y sufre con martirio?  
¿No eras mapa de las modas,  
El mas precioso obelisco  
De nuestro Español imperio?  
Pero ¡ay de tí! que ya miro  
Que estás sufriendo el azote,  
Con que el Hacedor Divino  
Castiga tu desenfreno!  
No en vano así lo predixo  
Un hijo tuyo, que ansioso  
De evitarte este peligro,  
A voces preconizaba  
En sus sermones con gritos  
Tu lamentable desgracia.  
¿De qué sus santos avisos  
Te sirvieron, bello Pueblo?  
Dime pues ¿qué has conseguido  
Con tu luxo exorbitante,  
Con paseos, exquisitos  
Banquetes, funciones régias,  
Con que pusiste atrevido  
El vil modelo á la Europa  
De un fantástico delirio?  
¿Qué has conseguido? Tu ruina,  
Y verte en el compromiso  
Mayor que se vió Ciudad,  
Atacada de un maligno,  
Fatal y fiero contagio,  
Siendo en fin, si no ludibrio,  
Escándalo de indevotos,  
Y corazones impios,  
Piedra de toque al dolor,  
Y centro del parasismo.  
¡Ay de tí, noble Ciudad!  
Con qué dolor lo repito:  
¡Ay de tí, Cadiz amada!:::

¿Pero qué es lo que yo digo?  
No eres Cadiz, no eres Cadiz!  
Pues solo eres un abismo  
De infelicidades, males,  
Penas, desgracias, martirios,  
De acerbos dolores, ayes,  
De fatigas y suspiros.  
Ya en tus plazas no se oyen  
Sino acentos doloridos,  
Siendo escena desgraciada  
El que era plausible sitio.  
Ya tus calles asoladas,  
Tus casas, tus edificios  
Son solo espantosos senos,  
Y son páramos sombríos,  
Desiertos inhabitables,  
Donde á sus tristes vecinos  
Con segur violenta corta  
La parca su vital hilo.  
Todo es confusion y asombro,  
Todo espantoso ruido.  
No hay quien pueda precaverse  
De este fiero mal nocivo.  
Ni el comerciante, ni el pobre,  
Ni el artesano, ni el rico,  
Ni el mendigo, ni los Jueces,  
Ni los Ministros de Cristo,  
Ni las Monjas, ni el soldado,  
Ni el marinero. ¡O Dios mio!  
Todos sufren igualmente  
De esta fiebre los peligros,  
Y á la parca inexorable  
Se miran todos rendidos.  
Los Físicos se atribulan  
Sin poder hallar alivio  
A este contagio: ¡qué mucho!  
Quando ellos sufren lo mismo!

El marido á la consorte  
No puede asistirle fino,  
Pues está temiendo el riesgo,  
Quando ya el amago ha visto.  
No mira el padre á la hija,  
Ni la madre arrulla al hijo,  
Ni el hijo obediente al padre  
Le socorre compasivo,  
Pues aun le falta el valor  
En medio de su conflicto.  
Los vivos lloran los muertos  
En sus ansias sumergidos,  
Sintiendo asimismo verse  
Como los muertos los vivos.  
Aquellos tiernos infantes,  
De amparo destituidos,  
Huérfanos ya, sin consuelo,  
Por los mas públicos sitios  
Andan pidiendo limosna,  
De su indigencia impelidos.  
Las Parroquias no celebran  
Aquellos actos precisos,  
Manifestando en sus dobles  
Los mas funestos tañidos.  
No hay quien las campanas toque,  
Ni quien haga sacrificios,  
Ni quien enfermos asista,  
Ni quien dé humanos arbitrios,  
Ni quien cure, ni que entierre,  
Pues que mueren infinitos.  
Bóbedas, ni sepulturas,  
Ni panteones, ni nichos  
Pueden guardar tantos cuerpos  
De tantos que han fallecido,  
Dia que mueren doscientos  
En tan pequeño distrito;  
A fosas y cementerios

Tanto al pobre como al rico  
Los conducen igualmente,  
No con entierros lucidos,  
Con aparatos pomposos,  
Y acompañamientos dignos,  
Sí en carros unos sobre otros;  
Pues en este compromiso  
No se observan distinciones,  
Quando el daño es uno mismo.  
Són efectos de una causa,  
Son de Dios altos juicios.  
Ya las artes laboriosas  
No operan en sus oficios,  
Sus casas todas cerradas,  
Y sí abiertos y partidos  
Sus sensibles corazones,  
Entregados á un abismo  
De sentimientos vehementes:  
Los clamores, los gemidos  
Penetran el firmamento,  
Imploran de un Dios su auxilio,  
su piedad y su clemencia  
Contritos y arrepentidos.  
No con gala en los paseos,  
Sí con ásperos silicios  
Vestidos de penitencia  
Manifiestan lo excesivo,  
Lo fuerte de sus dolores,  
De su pena lo exquisito.  
Las músicas son clamores,  
Los bayles son pasos tibios,  
Los cantares son lamentos,  
Los paseos son retiros,  
La soberbia es humildad,  
Vueltos en virtud los vicios.  
Aquellos torpes excesos  
Del sensual apetito,

Se transforman en azote  
Y los *Teatros* que han sido  
Estímulo del deleyte,  
Son desengaños, que al vivo  
Representan de esta escena  
El doloroso conflicto.  
Vuelvo pues, bella Ciudad,  
Vuelvo otra vez al principio  
¿Quién eres, hermosa Dama?  
¿Todo tu color perdido!  
¿Eres Cadiz? no eres Cadiz,  
Sí confuso laberinto;  
Y pues has dado modelo  
En las modas, tus avisos  
Sean dechado al viviente,  
Que admirando tu peligro,  
Vean de este claro espejo  
Su cristal denso y partido,  
Y en tu cabeza escarmienten  
Los malos y libertinos.  
Aquella inmensa paciencia  
Del Hacedor infinito  
Se ha cansado de las culpas  
En que el hombre ha delinquido.  
Exclama, noble Ciudad,  
Exclama ahora conmigo:  
Misericordia, mi Dios:

Piedad, piedad, Criador mio;  
A vuestros sagrados pies  
Humilde, Señor, me rindo.  
No mas luxo, Dios amado,  
No mas modas. Mis sentidos,  
Mis potencias, mis acciones,  
Diríjanse á tu servicio:  
Piedad. Ya conozco el yerro,  
Y mis vicios los muerdo.  
Sean mis versos suficientes  
A mover mis compatriotas,  
Que empleen sus corazones  
Con afectos muy rendidos  
En pedir á Dios por tí  
En tan acerbo conflicto,  
A que sus iras aplaque,  
A que nos dé sus auxilios;  
Que así como experimentas,  
Bella Cadiz, el castigo,  
Valencia, mi patrio suelo,  
Tamarca puede lo mismo.  
Y pues el amago vemos,  
¿Qué corazón diamantino  
Se hace inflexible al dolor,  
Y reverente, contrito,  
No dice: Señor piedad:  
Misericordia, Dios mio?

---

*Con licencia*: En la Imprenta del Diario.